

mente, hizo lo posible por impedir la representación de su comedia *Turcaret* (1709), y le ofreció en vano cien mil francos por que la retirase. Ya tenía cuarenta y cinco años cuando del *Diablo Cojuelo* de Luis Vélez de Guevara tomó la idea del *Diable Boiteux*, obra que á pesar de lo uniforme del fondo y de lo inconexo de las aventuras, tuvo grandísima fama en gracia de las personalidades en que abunda, perteneciendo á esa novela de alusiones políticas y escandalosas que las *Cartas persas* habian puesto en moda. Si Asmodeo es un buen diablo, observador de escenas extrañas, *Gil Blas* es hombre, y aquí la composición tiene que ser mas natural; pero lo mismo en *Gil Blas* que en el *Diablo Cojuelo* domina el genio de observación maligna, sosteniendo la curiosidad, excitando el ridículo por medio de los contrastes y presentado una galería de retratos, entre los cuales sin embargo no hay ninguno de un hombre de bien. Su novedad entre las novelas de la época consiste en que se atreve á decir la verdad, descubriéndola con justicia y expresándola con vigor. No hay que buscar sentimientos elevados y caballerescos en sus páginas; el egoísmo, la bajeza, la pusilanimidad de la raza humana están pintados sin indignación, y aquellas aventuras escandalosas son idilios en comparación de lo que entónces se usaba. Por lo demas Le Sage piensa libremente sin ser revolucionario ni irreligioso; satiriza á la corte, parodia á Voltaire, pero siempre de una manera tranquila y plácida, como plácida y tranquila fué toda su vida. Los que dicen que tradujo el *Gil Blas* de un manuscrito español que nadie ha descubierto, elogian la fidelidad con que pintó las costumbres españolas.

El abate Antonio Prevot llevó una vida tan llena de aventuras como una novela. Educado con los Jesuitas, se hizo soldado, volvió á ser jesuita fervoroso, y despues oficial calavera, ya pobre, ya rico, segun las circunstancias. Á la muerte de una amiga se sepultó á los veintidos años en un convento de padres de San Mauro; allí predicó, trabajó en las colecciones, y habiendo este trabajo despertado otra vez su afición al mundo, escribió una novela y divertía las veladas de los frailes contando sus aventuras. En seguida se trasladó al convento ménos rígido en Cluny; pero no satisfecho todavía, huyó á Holanda, donde publicó las *Memorias de un hombre de calidad*; y la viveza con que pinta las pasiones, prueba que en él no estaban extinguidas todavía. En efecto, uniéndose á una protestante, huyó á Inglaterra, donde publicó el *Pro y el Contra*, *Cleveland* y *Manon Lescaut*, y sus aventuras mas que sus obras le granjearon fama. De regreso á Francia, publicó la *Historia de los viajes*, en parte traducida del inglés y superior á la coleccion descolorida de *La Harpe*. Muerto á los sesenta y seis años, se apresuraron demasiado á hacerlo la anatomía, y al abrirlo vieron palpar el corazón bajo el escarpelo quirúrgico. Tenía pasión, naturalidad

y grande acierto para encadenar los sucesos y aumentar el interes; y si hubiese castigado mas sus novelas, habria superado á los modernos, como los supera en el movimiento de la acción, pues que se retrataba á sí mismo. En la *Manon Lescaut* introduce las personas mas degradadas, y sin embargo, ¡cuánto interes sabe dar á esta novela! ¡cuánta verdad en los extravíos de una alma buena que por exceso de desdicha se ennoblece y llega á lo sublime!

Marivaux considerando tan solo el lado pequeño de los acontecimientos humanos, compuso buenas novelas, que, mas que los dramas, permiten la lentitud en la acción. Entre los cuentos agradables de la Tencin se citan las *Memorias del conde de Cominges* por su pasión y naturalidad; y es admirable la última escena en que la heroína disfrazada de fraile en la Trapa hace al morir su confesión en alta voz, y revela su pasión al conde, que por amor suyo habia entrado en la misma religión.

Aquí podria citar á Pluche, feliz colorista del espectáculo de la naturaleza; á Lefranc de Pompiñac, hombre de ideas graves y de verso trabajoso, y partidario de las reformas sin revolución, y á otros muchos; pero el porvenir no era para ellos.

La Europa se habia acostumbrado á buscar en la literatura francesa los deleites del entendimiento, tragedias, oraciones fúnebres, novelas, pensamientos, disputas, en las cuales se sostenia el interes con una delicada perfección antes desconocida, y tan graciosa que daba aire de franqueza á la adulación y revestia la sumisión de las apariencias de la dignidad. Los muchos protestantes desterrados cuando se revocó el edicto de Nântes, habiéndose dedicado en el destierro á la educación, habian difundido aquella mezcla de naturalidad y de reminiscencias, de pedantería y de actualidad que caracterizaba la literatura y costumbres francesas. No podia decirse bien educado el que no hablase esta lengua; todas las cortes la adoptaron, y los diplomáticos la habian preferido. Aumentado el número de los lectores, la profesion de literato se hizo mas extensa, y para sacar provecho de las pasiones populares, era preciso escribir con claridad: ahora bien, la lengua mas clara es la francesa, la cual por tanto llegó á ser instrumento importantísimo, y de ella tomó la Europa el gusto de la facilidad y limpidez de estilo. Consideróse entónces la abundancia de escritores como la única medida de la civilización de un pueblo; se hizo consistir el solo mérito de un libro en ser ameno como una novela: lo que llevaba el sello del estudio ó de investigaciones, y no podia decirse en una reunión elegante, se llamaba pedantería, retruécano, metafísica. No tardaremos en ver, no solo placeres, sino sacudimientos, cuando esa literatura, empuñando las armas, se constituya en supremo poder del siglo, y con su guerra prepare la guerra de la espada.

Á ello la habian adiestrado los ejemplos de

los desterrados y de los Ingleses. Lanzados muchos Franceses de su patria por la persecucion religiosa, y refugiados en Suiza y en Holanda, se dedicaron á escribir con una franqueza iracunda, envolviendo en el mismo ódio á los reyes y al clero, y atacándolos en su origen histórico y en la veneracion de los pueblos. Bayle, Baillet, Juan Leclerc, d'Argens y otros inundaron la Francia de libros y opúsculos que fueron el tipo y el arsenal de los enciclopedistas.

En Inglaterra los puritanos, que rechazaban toda otra norma que no fuese el Evangelio, habian intentado desde la Revolucion de 1640 una reforma radical apoyada en la Biblia. Con esto los partidarios de los privilegios y del antiguo sistema social tuvieron interes en atacar la verdad y la autoridad de la Sagrada Escritura, y así entre los dos bandos religiosos se formó un tercero de incrédulos y burlones. Exacerbados estos con la persecucion de los recelosos Estuardos, volvieron luego con el de Orange, engreídos de su victoria, y persiguieron con ódio igual al partido caído y á la religion. Ya Shaftesbury, confidente de Cromwell y despues gran canceller de Carlos II, habia animado á los *libres pensadores*, como eran llamados, y enseñado una filosofia ligera y condescendiente. Las doctrinas subversivas del orden social publicadas por Hóbbes, y aplicadas por Harrington, por Sidney, por Locke, produjeron un diluvio de obras irreligiosas. Toland en el *Cristianismo sin misterios* proponia una nueva Iglesia: Woolaston reducía los milagros de Cristo á puras alegorías; Collins negó la necesidad de la revelacion sosteniendo que bastaba amar á Dios y al prójimo. Tindal, exagerando sus argucias, combatió todas las religiones positivas, no perdonando tampoco la moral; Dodwell se propuso probar « con la Escritura y con los primeros Padres, que el alma es naturalmente mortal; » sus osadías democráticas granjearon aplausos al *Mendigo* de Gay, y siguiendo las huellas de Locke, Hume se habia lanzado hasta negar que la religion pudiera fundarse en los principios de la razon, y que de los efectos pudiera deducirse la causa: con lo cual pensaba destruir por su base toda demostracion metafisica, moral ó física de la inmortalidad.

Esta guerra contra el altar y el trono entusiasmó á lord Enrique Bolingbroke. Dedicado desde su juventud á la erudicion incrédula, pensaba que debía dejarse al pueblo la supersticion y emanciparse de ella la clase alta. Al establecerse la casa de Hannover, hallándose desterrado primero de su patria y despues solo de la tribuna, ejerció su calorosa y feliz elocuencia politica en opúsculos llenos de nervio, como las *Reflexiones sobre los partidos*, la *Idea de un rey patriota* y las *Cartas sobre la historia*, donde satirizando al ministro Walpole, se elevaba á consideraciones metafisicas; en la práctica, secundando el epicureismo; en teoría

Filoso-
fismo en
Ingla-
terra.

E. Bo-
ling-
broke.
1672-
1751.

capitaneando á los deistas (1). Dióle á Pope el asunto para su *Ensayo sobre el hombre*, en el cual está poetizado el deísmo, y tendia de continuo á sustituir el reinado de la naturaleza al ideal de los teólogos. Para él todo era empirismo, queria considerar el alma como un objeto físico; en su concepto Descartes era un insensato siempre que se elevaba á principios generales, y « la mas hermosa de las filosofías » era saber vivir, es decir, acomodarse al tiempo, á las personas, á los negocios, cuando la razon lo manda. »

Leibnitz, que habia muerto por entónces en Alemania, estaba ya olvidado; Vico vivia ignorado en Italia, y el que aspiraba á ideas libres las buscaba en Inglaterra. Allí fué á buscar la inspiracion la literatura francesa; pero la libertad de la imprenta y de las opiniones, si en Inglaterra daba á aquellos sentimientos un desahogo ménos peligroso, porque iba mezclado con el fragor de la contienda entre otros intereses y otras creencias repugnantes ó divergentes, trasladada á Francia adquirió una eficacia mucho mayor. Entre los Ingleses la filosofia de los sentidos y de la experiencia estaba contenida por cierto sentimiento indigno de moderacion en las relaciones exteriores, no ménos que en las opiniones científicas; así que la abolicion del elemento espiritual y divino no conducía tan rápidamente á la demolicion. Mientras los Ingleses necesitaban una creencia, un sentimiento moral, los Franceses se entregaron á una sensual y fanática adoracion de la naturaleza. Fontenelle habia dicho: « Si tuviese » la mano llena de verdades, no las dejaria » salir sino una á una; » pero entónces todos aspiraban á saberlo todo, todos querian proclamarlo altamente, emancipar la raza humana esclavizada por los nobles, embrutecida por los sacerdotes, y producir una reaccion contra el siglo anterior ostentando escepticismo, reforma social, imitacion de los modernos.

Así el libre examen fué aplicado, no solamente á la religion y á la politica, sino á la naturaleza, al hombre, á la sociedad. Hubo, pues, dudas por todas partes, por todas partes sistemas, por todas partes afición á las paradojas; ostentábase filosofia, y el gran filósofo era Locke; ponderábase el analisis, y se partía siempre de axiomas arbitrarios; repetíase *razon, razon*, y pretendíase reconstruir segun esta el corazon y el entendimiento humanos.

Tales sistemas, diversos en las formas, convenian sin embargo en creer incompatible la fe con la inteligencia; en afirmar que el hombre

(1) Bolingbroke sin embargo no participaba de las ideas revolucionarias de sus secuaces: en 12 de setiembre de 1724 escribia á Swift: « Yo considero á esos que se llaman espiritus fuertes como azotes de la sociedad, porque tienden á romper sus lazos, y á quitar un freno potente á ese animal » feroz que se llama el hombre, cuando se le debería contener » con otros diez mas. » En otra cosa diferia tambien de sus prosélitos, y es que en vez de admirar la constitucion inglesa, decia que se componia de un rey sin esplendor, nobles sin independencia y Communes sin libertad.

subsiste por sí y para sí propio; que todas las instituciones son creacion de su espíritu; que del estado salvaje se elevó inventando el idioma, la sociedad, las ideas del derecho y del deber: proclamaban, pues, libertad absoluta para la religion, odio particular á la cristiana, que impone creencias y obligaciones, odio á los privilegios, opuestos á la primitiva igualdad. Prodigiosa audacia de espíritu, que no respetaba ningun hecho exterior, que aborrecía y vilipendiaba al hombre y á todo el estado social, que no tenia sino desprecio y befa para las opiniones que le eran contrarias, y que se hacia tan despótica como las instituciones que eran objeto de sus ataques. Para ella las magnificencias naturales que la ciencia en sus progresos revelaba, cada vez mas asombrosas y ordenadas en su misma variedad, no solo no podian excitar el entusiasmo, sino que suministraban argumentos para rebajar la especie humana. Por amor al hombre y á la libertad se ponderaron la inteligencia del orangutan y la constitucion de los Chinos. Separado el orden espiritual del temporal, se dió entrada á aquella mezcla de inexperiencia y de ambicion, tan perjudicial despues cuando se aplicó la filosofia á los hechos.

Carlos Montesquieu, de Burdeos, era hombre de graves estudios y presidente; sin embargo, habiendo venido en un tiempo en que, como él mismo dice, la mayor parte de los escritos se componian de facilidad para hablar é impotencia para examinar, quiso tambien hacerse de moda y creyó necesario hermostear con la viveza del estilo asuntos bastante hermosos por sí, como son la justicia y la verdad. Comenzó por las *Cartas persas*, el mas profundo de los libros frívolos. No era nueva, aunque falsa, la idea de hacer que juzgase nuestra civilizacion un extranjero que no acostumbrado á ella podria notar mejor sus singularidades y extrañezas; pero en obras semejantes lo de ménos es la invencion, y en esta de Montesquieu las incesantes agudezas contra Luis XIV, contra Law, contra el despotismo y las costumbres de la corte, gustaron mucho á los políticos; tambien gustó mucho al mundo elegante aquella descripcion del serallo, donde se ve el amor despojado de todas las delicadezas, degradado por los celos y reducido á puro deleite animal; gustó por último á las personas graves aquel profundo examen de los actos de la corte y aquella denigracion de la frivolidad social. Sus chistes llegaron á ser proverbios, con tanta mas razon cuanto que no parecian inspirados por el odio; se comprendió que el epigrama podia conciliarse con los pensamientos elevados y las materias graves, y muchos imitando aquel tono de sentenciosa brevedad, que oculta la nulidad del pensamiento, se creian profundos como él, porque como él eran ligeros.

El escepticismo, las reflexiones y las frases tan francamente escandalosas que ostentaba un presidente, muestran cuán mal educada estaba

ya la opinion, y cómo ninguno se atrevia á negarle sacrificios. Y sacrificio á la opinion fué seguramente su *Templo de Gnido*, voluptuosísima pintura. Con Chesterfield, que le decia: « Vosotros los Franceses sabéis hacer barricadas, pero no barreras, » vino Montesquieu á Italia á estudiar este museo de pequeños Estados. En las repúblicas encontró libertad sin independencia; en Toscana despotismo sin opresion, y en tanto que de Venecia se espantó como de un fantasma, « una de las cosas mas » agradables que vió fué al primer ministro » del gran duque con jubon y coleta trenzada, » sentado en un banquillo de madera delante » de su puerta: feliz el país donde el ministro » vive con tanta sencillez y tan desocupado. » En Holanda y en Inglaterra se barajó con hombres políticos y razonadores que *aparentaban reirse* al oír el solo nombre de religion; pero se espantó de ver impreso y oír que se decia en alta voz lo que en otras partes apenas se proferia en voz baja.

Tornó á Francia cuando los ánimos, vueltos en sí del largo deslumbramiento en que los habia tenido el reinado de Luis, y conmovidos por el sistema de Law, se dedicaban al estudio del gobierno, de la hacienda, de la justicia. Durante el ministerio de Fleury se fundó una Academia moral y politica; otra en el palacio de Rohan, y se estableció tambien el *Club de l'entresol*, sociedad mas atrevida, adonde concurrían Bolingbroke, Argenson y el abate Saint-Pierre. Á este abate, espíritu quimérico, « escritor repugnante y el mas diestro de los » buenos ciudadanos (1), » deben el diccionario la palabra *bienfaisance* y las utopias el dogma de la infinita perfectibilidad humana. Expulsado de la Academia francesa por haber criticado al gobierno de Luis XIV, se dedicó con mayor ardimiento á proponer reformas; reformas de hombre de bien y que no perjudicaban á la corte, como el desprenderse de los favoritos, el distribuir mejor los empleos, el crear una alta Academia encargada de proponer al rey la terna en que debiera escoger los ministros. Cuando veía un defecto, al momento proponia su remedio, y enviaba Memorias al ministerio, é imprimía importantes verdades envueltas entre proyectos quiméricos, que las hacian ser toleradas ó pasar inadvertidas por la censura. En su *Proyecto de paz perpétua* tratábase nada ménos que de cambiar hasta los fundamentos de la sociedad. Ménos quimeras sustentaba Argenson; su sistema consistía en un rey solo, una fe sola y una sola ley; pero si bien el rey debía ser, segun sus principios, absoluto y tener el poder legislativo, no queria la centralizacion, sino que proponia instituciones municipales y no disimulaba los abusos de la antigua monarquía. De este modo el ingenio buscaba contrapesos al despotismo establecido por Luis XIV.

(1) LEMONTEY.

Saint-
Pierre.

1748. Todo esto vigorizaba el ánimo de Montesquieu. En las *Consideraciones sobre la grandeza y decadencia de los Romanos* (1734), expuso los hechos con seguridad y aplomo sin profundizarlos; en las reflexiones, ciertamente lo habían precedido Maquiavelo y Bossuet, y también superado en penetración; ni por su obra podrían comprenderse el Senado, el pueblo, las luchas de los plebeyos, los clientes ni el tribunado; pero manifestó grandísima elocuencia para presentar el contraste que formaba aquel régimen enérgico de los Romanos con el régimen sin plan y sin vigor que dominaba entonces en Francia. Veinte años de trabajo le costó el *Espíritu de las leyes*, y veintidos ediciones en diez y ocho meses demuestran hasta qué punto excitaban ya la curiosidad las materias de gobierno civil, que antiguamente eran para el público un arcano. Y sin embargo, la escuela filosófica no aprobó esta obra (1); y la posteridad la censuró también, aunque siempre la lee seducida por aquella elevación de miras, aquella claridad, aquella interpretación sagaz de la historia y aquel modo de deducir testimonios de todos tiempos y de todos países. Montesquieu no busca los hechos para juzgarlos como hombre de profundas convicciones; no busca los abusos para corregirlos, sino que quiere hallar su razón y su puesto: indiferente entre Dracon y Cristo, entre el gobierno japonés y el ateniense, justifica todas las leyes, todas las religiones; acepta la historia tal cual es, sin más objeto que el de explicarla y comprender cómo las instituciones se armonizan con las necesidades; comprende que debe buscarse la significación de los hechos en la naturaleza del hombre; pero las leyes, que define como las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas, son las del universo, no ya las positivas deducidas de los pactos entre los hombres. Manifiesta su horror al despotismo, pero no trata de destruirlo, sino que lo considera como efecto necesario de la corrupción; ni comprende las revoluciones, ni el bien que se oculta bajo la idea del mal. Ma-

(1) Helvecio quiso disuadir á Montesquieu de imprimir aquel libro, como demasiado defectuoso é indigno del autor de las *Cartas persas*. Voltaire, que también estimaba á Montesquieu como filósofo irreligioso, decía que sentía mucho ver en un libro que hubiera podido contribuir á los adelantos de la filosofía, « une foule de paradoxes, la vérité sacrifiée au bel esprit, point d'ordre, des citations presque toujours fausses, des exemples pris chez des peuples du fond de l'Asie, à peine connus, d'après des voyageurs mal instruits ou menteurs, et une infinité de raisonnements faux. Ce livre est un labyrinthe sans fil; un édifice mal fondé et construit irrégulièrement, dans lequel il y a beaucoup de beaux appendices vernis et dorés, un cabinet mal rangé avec des beaux lustres de cristal de roche. Après l'avoir lu, on ne sait guère ce qu'on a lu. Je désirai connaître l'histoire des lois, les motifs qui les ont établies, négligées, détruites, renouvelées: je n'ai malheureusement rencontré souvent que de l'esprit des railleries, de l'imagination et des erreurs. Une dame, qui avait autant d'esprit que Montesquieu, disait que son livre était de l'esprit sur les lois: on ne l'a jamais mieux défini. L'auteur sautille plus qu'il ne marche; il brille plus qu'il n'éclaire; il lisait superficiellement, et jugeait trop vite. »

quiavelo en las luchas italianas nada grande había visto más que la habilidad y la firmeza de carácter, cualquiera que fuese la dirección que se les diera; Montesquieu en tiempos tranquilos descubre en el buen éxito la recompensa natural de la virtud y del honor. A diferencia de los teóricos contemporáneos, se apoya en los hechos; pero en vez de interrogarlos para averiguar la verdad, los reúne sin crítica en apoyo de sus teorías, y cuando la historia no se los suministra, acude á las relaciones de la China ó de la América, aun cuando se hallen alteradas por el interés, la ignorancia ó la vanidad. Así dedujo muchos falsos principios de hechos inexactos, presentó hechos falsos en apoyo de exactos principios, y no se cuidó de hacer distinción alguna de tiempos ni países. Entre aquella amalgama de anécdotas tomadas de las civilizaciones más divergentes; entre cuadros sociales inconexos, que no presentan sino un encadenamiento ilusorio de analogías metafísicas, se le escapan muchas explicaciones, que no pueden deducirse sino de los antecedentes y de las circunstancias, aun sin que se cambien las formas exteriores, esas formas que hacen que Carlos XII no pueda ser un Atila.

No vió, pues, mas que los accidentes allí donde Vico había visto tan solo las generalidades, independientes de los casos particulares. A diferencia de Vico, creyó á los pueblos formados por los grandes hombres; Mahoma y Confucio eran en su concepto la civilización de sus respectivos países; los códigos á su parecer constituían las naciones, y cuando le falta alguna otra explicación para completar su teoría, recurre al clima, que hace para él el papel que para los verdaderos filósofos hace el encadenamiento de los sucesos. Fué paradójico y por eso agradó; pero prescindiendo de que esta teoría materialista de la legislación deducida de los climas era necesariamente prematura, en el reducido círculo de sus conocimientos olvidó que el Turco dominaba entonces la patria de Solón. Lo que le colocó en una esfera superior á sus contemporáneos fué el considerar los fenómenos políticos como sometidos á leyes naturales indeclinables, lo mismo que los otros fenómenos; pero en el conjunto su pensamiento no fué un pensamiento acabado y perfecto, ni podía serlo, y se quedó en la clase común de aquellos trabajos generales, inferiores al modelo primitivo de Aristóteles.

Es escolástica su división de los gobiernos, como si pudiera someterse el mundo á clasificaciones de palabras; y cuando las ha inventado, obliga á entrar bajo su clasificación á todos los siglos y á todos los pueblos, sin cuidarse de la diferencia que hay entre la república de Atenas y la de Holanda, entre la monarquía inglesa, la otomana y la de Luis XIV, única que conoce. Á las distinciones de poder legislativo, ejecutivo y judicial, y de gobierno aristocrático, democrático y monárquico, sujeta todas las materias, hasta la religión, lo cual le aparta

del encadenamiento histórico. Después de dar á las naciones humanas móviles diversos según los gobiernos, cuando el hombre es el mismo en todas partes, dice que las repúblicas se fundan en la virtud y excluye de las monarquías, si bien añade que alude solo á la virtud política, esto es, al amor á la patria y á la igualdad; y sostiene que para las repúblicas es perjudicial el comercio, mientras que favorece á las monarquías, que necesitan la pompa y el lujo. Cartago, Rómas, la Holanda, Venecia le desmienten, pero no le importa. Su tipo universal es la constitución parlamentaria inglesa, de la cual dió en efecto á conocer los agrupados elementos y las envidiables garantías que resultan del *habeas corpus*, del jurado, de la oposición, de la libertad de imprenta, y del derecho de acusar en juicio á cualquiera que sea. Por nuestra parte le contamos por mérito el haberse fijado en un tipo subsistente con preferencia á las utopías; y ciertamente hizo un bien con acostumbrar al público á discutir sobre hechos, á buscar su significación, á comparar gobiernos con gobiernos. Con todo, aunque nada tenía de innovador, y aunque veneraba al rey, respetaba las leyes y amaba el país; su obra sirvió de auxilio al partido revolucionario, que á su muerte no vió en él el moderador, sino solamente el agitador grande y poderoso.

Voltaire.
1694-
1778.

Francisco Arouet de Voltaire, natural de Châtenay, en las escuelas de los Jesuitas aprendió á hacer versos iguales á los del siglo precedente; y su *Edipo* (1718) le abrió las puertas de las sociedades, las cuales maravilladas de que tanto ingenio tuviese el autor de una tragedia, le permitieron tratar con los grandes de igual á igual. Pero habiendo ofendido con sus chistes picantes al caballero de Rohan, este lo hizo apalea, y como Voltaire lo desafiase, fué encerrado por la policía en la Bastilla, donde estuvo seis meses (1726). Irritado contra un país donde tantas diferencias establecía la diversidad de nacimiento, pasó á Inglaterra; allí penetró en los círculos de los dispensadores de la fama; tomó de Bolingbroke la osadía, con Swift aguzó su malignidad natural, de Pope aprendió el arte de unir pensamientos profundos á brillantes imágenes, y en la sociedad de todos adquirió la sonrisa de una docta incredulidad, y el sarcástico contentamiento en la persuasión de que cuanto existe es bien que exista.

El movimiento de una sociedad libre, la originalidad de aquellos caracteres, las mil formas nuevas de los clubs y de las sociedades religiosas, la franca discusión de las cosas públicas, el ingenio hecho escalón para el poder, la ovación que encontraban los hombres ilustres, la literatura fundada en la opinión, no de la corte, sino del pueblo, dieron á la imaginación de Voltaire un vigor que no habría podido adquirir en el continente, donde las preocupaciones, los hábitos, la etiqueta eran plomo para

las alas del ingenio. De vuelta á Francia dió á conocer á Shakespeare, Locke, Newton, la vacuna, el jurado y otras instituciones allí comunes, aquí ignoradas. Si la corte le hubiese hecho los halagos que esparaba, quizá se habría dedicado á adular sus vicios más bien que á combatir sus errores; pero con un gobierno carcomido que ponía obstáculos á la publicación de los pensamientos, sin poder reprimirla, Voltaire buscó la gloria en violaciones no peligrosas de las providencias de la corte sobre la imprenta; y adulando ciertas pasiones, protestando que le habían robado el manuscrito, que el editor lo había alterado, ó valiéndose de otros subterfugios que quitaban á la verdad misma la aspereza de la primera ostentación de candor ó de osadía, se cautivó los ánimos con decir aquello que el siglo ya pensaba, y tratar ligera y satíricamente las cosas serias. Así la persecución le hizo poderoso, porque las opiniones castigadas en él eran las de su tiempo.

En las *Cartas inglesas*, primera obra suya que fué condenada, atacó á Pascal y á Descartes con evidente intención anticristiana. Entre la chusma noble educada en las cenas del regente le atrajo gran reputación la *Doncella de Orleans*, por inmoral y por no estar impresa; y cuando esta « parodia sacrilega de un sublime episodio de la historia nacional (1) » se imprimió furtivamente, el público tolerante atribuyó á alteraciones del editor lo que en ella encontró débil y defectuoso. ¿Cuánto bien no habría hecho Voltaire si se hubiera dedicado á dirigir la opinión hacia el triunfo y edificación de la sociedad nueva sobre las ruinas de la vieja! Pero por el contrario no se valió de la reflexión; todo sentimiento y viveza de expresiones, toda energía implacable de buen sentido, al descubrir las mezquindades del ingenio que le rodean, se dirige al fin sin perdonar ni á los hombres ni á los Santos, sin cuidarse de si él mismo pensará mañana de otro modo. Así como había elogiado por esperanza al regente, alabó por venganza á Inglaterra; puso en las nubes á Shakespeare cuando nadie le conocía, y luego le ultrajó cuando le temió rival; y encubrió bajo la máscara de independencia las asiduas lisonjas con que trataba á todas las especies de autoridad. ¿Quién mejor que él supo el arte de dar á las alabanzas aquel giro ingenioso que las hace doblemente aceptables? Pocos le igualaron además en aquel odio contra los rivales que parece exclusivo de la ambición impotente, y agotando toda la retórica de la ira y del despecho, proporcionaba una satisfacción á sus émulo despreciables.

Era Voltaire tanto más peligroso cuanto que en él vemos al mayor poeta de su tiempo, tiempo en verdad no muy poético, y presentando las ideas nuevas bajo la hermosa forma del

(1) Tomo esta expresión del *Elogio de Voltaire*, escrito por el señor Harel y premiado por la Academia en 1844. Á él pueden acudir los que quieran ver divinizado al héroe del siglo XVIII con las ideas y las palabras del XIX.